

Rector Magnífico, Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades civiles, militares y académicas, queridos compañeros, señoras y señores:

Estando hoy aquí, frente a todos ustedes, siento una profunda felicidad y un inmenso orgullo, ya que ambos sentimientos han ido siempre unidos a mi paso por esta universidad: alegría por ver realizado uno de mis sueños, dedicarme a la ciencia, y honor por ser parte de esta institución que ha sido ente integrante y decisivo en mi proyecto de vida.

La UBU y yo nos estrenamos juntas como universitarias, hemos madurado juntas, hemos evolucionado juntas. Sus pasillos me han visto pasar de alumna a docente, de compañera a esposa, de hija a madre, me han hecho comprender que el mundo puede verse desde multitud de perspectivas, que la globalidad, la pluralidad, la acción conjunta y la unión de los conocimientos nos pueden llevar mucho más lejos que el pensamiento único e individualista.

Por todo ello y por cada uno de los instantes vividos aquí, es para mí un privilegio apoyarme hoy en este atril, gobernada por mi birrete y mis guantes y decirles:

Doctor, del latín docere, que significa enseñar una ciencia o arte y se refiere al último y preeminente grado académico que confiere una universidad. Término sonoro, rotundo, asociado al saber, a la ciencia, a la honorabilidad. Seis fonemas que unidos a un nombre lo llenan de pasión por el trabajo, de dedicación y entrega, de admiración por todo lo que le rodea.

Conseguir este grado no es sencillo, se labra con cincel sobre duro mármol, despacio, sorteando cordilleras abruptas, lijando frentes hasta dejarlos romos con el paso de los días, de los meses, de los años.

Precisa de paciencia, de tesón, de esperanza y de amor, amor por aquello que intuyes, que buscas, que anhelas, amor por aquellas primeras hipótesis que anotas en un cuaderno que huele a nuevo y que vas llenando de experiencias imborrables.

En el camino, voluptuoso, ensortijado y lleno de oscuros socavones, te encuentras con ángeles guardianes, con guías expertos que te libran de la venda que cubre tus ojos y te llevan de la mano como fieles lazarillos altruistas. Gracias por todo a directores y compañeros, gracias.

Hacer un doctorado y culminarlo con la defensa de una tesis, es sin duda equiparable a la firma de una obra maestra, a las últimas pinceladas de un enorme fresco, al colofón orquestal de una opera barroca.

El doctor es creador, da vida a una idea personal, la hace única, distinta a cuantas existen en el mundo, la envuelve con su característica forma de pensar y le aporta matices que recoge de cada una de las mentes que le adoctrinan.

Y una vez finalizada, su creación se hace universal, el doctor se desprende de ella en un acto generoso y sublime y la pone al alcance de cualquiera que quiera poseerla, sin perder por ello ni un ápice de su carácter propio.

Es así como el saber va creciendo, va incrementando su patrimonio, que si hoy es extenso, cuanto aún más lo será mañana, si el espíritu innovador que en esta fiesta celebramos continua viéndose apoyado y valorado.

En esta andadura de años, nos convertimos también en intrépidos aventureros, en buscadores de la verdad, tal y como versa el lema de nuestra alma mater. Cada cual busca la suya, su conclusión más impactante, siendo, en este curso tan prolífico, un número de treinta y una.

Mas como viene sucediendo a lo largo de la historia, el que busca halla, aunque no siempre halle lo que busca. Es entonces esa capacidad de sorprendernos, esa inocencia científica que no debe perderse nunca, la que nos ayuda a retomar el camino por otros linderos que en la salida no habíamos ni previsto. Es en ese instante donde te das cuenta de que no eres más que un destello en el inmenso sol del conocimiento.

En este abanico de búsquedas y hallazgos, aplaudimos hoy a temas tan diversos como el aprendizaje y la enseñanza de las ciencias, la síntesis y análisis de productos tan dispares como los morteros de construcción, los complejos de molibdeno o los fármacos antiepilépticos, novedades en arquitectura y jurisprudencia matrimonial, caracterizaciones físico-químico-sensoriales de mieles, vinos o embutidos, revisiones históricas, la problemática penitenciaria, el tratamiento de residuos y su valorización energética o la inserción de personas discapacitadas en el ámbito universitario.

Se que es un resumen somero e impreciso, pero se me hace inescrutable abordar más profundamente cada uno de los interesantísimos conceptos a los que mis compañeros doctores han dedicado los últimos años de sus vidas.

Sin embargo, si puedo comentar algo que a buen seguro hemos compartido todos en esta aventura, la sensación de hacernos más personas, de ampliación de nuestras miras, de poseer un espíritu más inquieto y a la vez paciente, más curioso y a la vez cauteloso, una mente más compleja y un alma más libre.

La quietud y soledad de algunos de los momentos vividos es otro de los sentimientos que nos unen, que por suerte se llenaban de bulliciosas sonrisas y apoyo al llegar a casa, al oír y sentir las voces de quienes realmente nos han empujado a terminar, nuestras familias y amigos.

Comprender lo que es ciertamente importante, abrazar una vocación hermosa y sacrificada, relativizar, liberarnos de prejuicios y dominar nuestro ego, son también enseñanzas de esta etapa, que sin duda, nos ha humanizado.

A partir de ahora, y con la responsabilidad que nos confiere este grado, debemos ser capaces de manifestar todo aquello que hemos aprendido, ya sea ciencia o humanidad, y dar a conocer nuestra experiencia dando ejemplo de madurez, respeto para con los demás, constancia y amor a la ciencia.

Quisiera terminar haciendo referencia a una frase que me sobrecogió mucho antes de plantearme hacer un doctorado y que anoté, en un pañuelo de papel, una tarde paseando entre incunables en el claustro de la catedral, y que hoy abre mi tesis:

“Entre todo lo que el hombre mortal puede obtener en esta vida efímera por concesión divina, lo más importante es que, disipada la tenebrosa oscuridad de la ignorancia mediante el estudio continuo, logre alcanzar el tesoro de la ciencia, por el cual se muestra el camino hacia una vida buena y dichosa, se conoce la verdad, se practica la justicia y se iluminan las restantes virtudes”.

*“Carta bulada Inter caetera, 13 de abril de 1499”*

Y como canta un docto proverbio árabe: “Un hombre lo es del todo cuando ha plantado un árbol, ha tenido un hijo, ha domado un caballo y ha escrito un libro”. Así me despido diciendo que gracias a esta casa, nuestra casa, mi casa, yo ya puedo descansar tranquila.

Enhorabuena a mis compañeros doctores y a toda la comunidad universitaria que hoy crece y gracias de todo corazón por este día.